

Obsequio del Ilmo. Sr. Polit

# CURIA CATHOLICA PASTORAL

QUE

EL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO

Sr. Dr. D. MANUEL MARIA POLIT

OBISPO DE CUENCA

DIRIGE A SUS DIOCESANOS

*SOBRE EL ALCOHOLISMO*



CUENCA—1909.

Imprenta del Clero

NOS, DOCTOR DON MANUEL MARIA POLIT  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE CUENCA

A nuestro Venerable Capítulo Catedral, al Clero secular y al regular, y á todos los fieles católicos de nuestra Diócesis, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

*Abjiciamus opera tenebrarum, et induamur arma lucis. Sicut in die honeste ambulemus, non in comessationibus et ebrietatibus.*

Desechemos las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Andemos con toda honestidad, como que os de día, no en comilonas y borracheras.

[ ROM. XIII, 12-13. ]

---

Venerables Hermanos y muy amados hijos en Nuestro Señor Jesucristo:

Costumbre laudable y santa ha sido la de los Obispos que, al comenzar el tiempo de la Cuaresma, se han dirigido á sus diocesanos, á fin de explicarles algún punto de la doctrina católica ó inculcarles alguna de sus obligaciones, estimulándolos para la penitencia, que en este tiempo parece nos exige Dios á todos de modo más estricto. Siguiendo tan altos ejemplos, justo y conveniente es que os dirijámos de nuevo la palabra, seguros de vuestra adhesión y atecto, de que nos habéis dado ya repetidas pruebas y estamos tan agradecidos, teniendo además en cuenta que en ninguna época del año estaréis más bien dispuestos á escucharnos, una vez que os preparáis todos cual buenos cristianos á cumplir con el precepto de la confesión y comunión pascual, y por otra parte Nuestro Señor derramó en vosotros mayor abundancia de gracias. Este es el tiempo receptable, *ecce nunc tempus acceptabile*; éstos son los días

de salvación para todos vosotros, *ecce nunc dies salutis*: no endurezáis por tanto vuestros corazones, *nolite obdurare corda vestra*.

Mas ¿cómo habremos de manifestaros juntamente nuestro acendrado cariño paternal y el celo que nos anima y apremia por vuestro mayor bien, si no es ante todo clamando y moviendo guerra contra los vicios con que el mundo y el demonio traman vuestra ruina espiritual y perdición eterna? contra los vicios, que son los pecados ya convertidos en hábitos, esto es, los enemigos de Dios metidos dentro de la fortaleza del alma? Los vicios son las yerbas ponzoñosas que han crecido en su huerto, donde sólo debieran nacer y prosperar las plantas saludables y bellas de las virtudes; de suerte que, si queremos cultivar éstas y recoger pingüe cosecha de buenas obras para el cielo, menester será extirpar aquéllos, aún con el hierro y el fuego, si preciso fuere. Los vicios son también, por decirlo así, las enfermedades orgánicas del alma; y no es posible que el padre cierre los ojos ante la dolencia padecida por su hijo, ó que siquiera le amenaza: curar á sus hijos ó preservarlos de todo contagio, ha sido siempre el primer deber, la primer muestra de amor del padre y de la madre.

## I.

Entre los vicios que han invadido la sociedad moderna y le están causando mayores daños, no hay duda que uno de los peores es el de la embriaguez y su fatal consecuencia que es el alcoholismo. No perdona edad, sexo ni condición. Así invade y mata las tribus semi-salvajes de las selvas americanas y de las islas oceánicas, como los centros populosos de las naciones más civilizadas; es siempre y dondequiera causa general y terrible de muerte para los individuos, ruina para las familias y decaimiento para los pueblos. El nuestro, por desgracia, no está inmune de tamaño mal, y con profunda pena vamos viendo, que día por día cunde más su con-

tagio en toda la República. No queremos de ninguna manera admitir ni suponer lo que otros han expresado ya, esto es, que nuestras provincias azuayanas sean las más contaminadas por el alcoholismo.— No, esto no es verdad; pero no es menos cierto que ése es el enemigo de nuestra amada Diócesis, y como á tal queremos combatirlo palmo á palmo. Sea porque varios distritos son naturalmente productivos de la caña de azúcar con que se elabora el aguardiente, sea porque en hora mala y contraproducente, se hace consistir en la fabricación y venta de ese licor la principal fuente de riqueza, sea por otros motivos que sería interesante investigar y proclamar, no puede revocarse á duda, que la embriaguez se va poco á poco generalizando, no sólo entre los indios y gente del pueblo, sino también en las clases más elevadas y ricas de la sociedad; siendo así que, para el criterio de la moralidad, no hay diferencia entre embriagarse un hombre con esos licores llamados finos, ó con el más grosero de los aguardientes.

Ahora bien, si hemos de precavernos contra este odioso enemigo de nuestras conciencias y hogares, preciso es conocerle en toda su fealdad y fiereza. Por esto nos proponemos, carísimos hijos, manifestaros sus horribles consecuencias y aconsejaros algunos medios conducentes á su vencimiento.

A vosotros nos dirigimos primero, ministros del Altísimo, sacerdotes del Dios tres veces santo, para que combatáis con energía á este vicio, que echa por tierra la obra divina, impide el ejercicio de toda virtud, y abre la puerta á los demás pecados. A vosotros también, padres y madres de familias cristianas, para que salvéis del horrendo contagio del alcoholismo á vuestros hijos. A todos nuestros diocesanos que, en su gran mayoría, gracias al Cielo, aun se hallan libres de esta peste, mil veces peor que la bubónica, les prevenimos y encarecemos que huyan de ella; y á los que por desgracia han sufrido ya más ó menos sus funestos ataques, ¡oh! cuánto deseamos que se curen y sanen, escapando siquiera algunos á este misero naufragio de la fortuna, de la salud, del honor y aun

de la religión !

La intemperancia en el uso de los licores fuertes y de las bebidas fermentadas, la embriaguez, en suma, es uno de los pecados que más ofenden á Dios y envilecen al cristiano. Fácil es reconocerlo, por poco que se reflexione, estando en juicio.

No queremos exagerar ni decir que las bebidas alcohólicas sean cosa mala por sí mismas. No: el alcohol es un cuerpo que tiene propiedades muy útiles para la industria, para la medicina, y aun para nuestra economía animal, cuando se toma poco y diluído, en ciertos casos. Lo elabora la misma naturaleza en la fermentación alcohólica, y el hombre logra por arte extraerlo de muchísimas sustancias. El alcohol por tanto no es malo en sí, como no lo es ni la pólvora, ni la dinamita, ni el arsénico, ni la estricnina, ni los demás venenos. ¿ Diremos sin embargo que el uso de éstos sea siempre inocente, que no sea más bien altamente peligroso, y su abuso funestísimo para la sociedad? De propósito comparamos las bebidas alcohólicas á las sustancias tóxicas ó venenosas; porque éstas, lo mismo que éstas, si tomadas en mínima cantidad y rara vez, excitan el organismo, cuando se toman habitualmente ó se excede una sola vez aquella medida inofensiva, lo dañan, estragan y matan. Hablamos en particular de los licores fuertes, que bien pueden llamarse intoxicantes, como el aguardiente.

Refiérese en las historias que los magistrados de Esparta, para inspirar á la juventud horror de la embriaguez, hacían comparecer en público á esclavos ebrios; y esa nación, aunque pagana, célebre por su valor y patriotismo, era sobria. Nosotros cristianos, que ¡ ay ! más de una vez hemos visto á nuestros semejantes envilecidos y degradados por el licor, ¿ no emcarmentaremos? ¿ no nos uniremos para luchar, por todos los medios posibles, contra ese enemigo de nuestro propio nombre y dignidad?... .. Mirad cómo, tras algunas copas, se empieza á hablar y obrar sin discreción ni concierto. Aquel hombre, de ordinario honrado, grave y mesurado en todo, por

su edad y posición, por ser hasta entonces buen esposo y padre de familia, luego que se propasa un poco en el uso del licor, ya cae en ridículo, atropella las consideraciones domésticas y sociales, el decoro y la vergüenza: no se da cuenta de lo que hace ni de lo que dice. Los que le rodean y aun están en juicio, con lástima ó con desprecio y maligno placer, exclaman: ya está borracho. Repítense las libaciones, y en breve la razón pierde su imperio, caliéntanse la fantasía y todas las pasiones; ese hombre parece un loco ó lo está de veras; mas, como todavía conserva sus fuerzas físicas, acrecentadas más bien por la excitación alcohólica del momento, como percibe todavía personas y objetos, formando á ciegas y á locas juicios disparatados y resoluciones temerarias, presto armará pendencia por fútiles pretextos, se pondrá furioso y cometerá cualquier atentado, sin que sea fácil contenerle. Cosa unánimemente reconocida por médicos y moralistas es que la embriaguez completa acaba con el sentido moral, azuza los peores instintos de la bestia humana y la precipita por los más rápidos y sombríos despeñaderos. Resonando están los juzgados del mundo entero y denas las crónicas de los diarios con las crueles escenas ocasionadas por el licor: riñas, golpes, heridas, mutilaciones, homicidios, y no raras veces atroces suicidios, he allí sus hazañas. Ni hay para qué buscar lejos de nosotros tan fatales consecuencias: aquí, en nuestra católica y pacífica Diócesis de Cuenca, si hay que deplorar crímenes sangrientos, debidos son todos, con poquísimas excepciones, á la embriaguez. Parece que, por justo castigo del Cielo, donde corre con exceso el aguardiente ó cualquier otro licor alcohólico, allí se ha de derramar la sangre humana y renovar el fratricidio de Caín. ¿ No es esto la pura verdad ? ¿ No lo estamos presenciando más y más á menudo todos los años, ora en la ciudad, ora en los pueblos del campo, ó en la taberna vulgar, ó en la más elegante cantina ?

Pasada la excitación alcohólica, sígnese necesariamente la postración de fuerzas y el embrutecimiento del individuo. El noble joven que se embriagó, deshonorando su apellido y

familia, rueda bajo las mesas del establecimiento de licores extranjeros ó por el suelo del aristocrático salón. lo mismo que el gañán borracho á la orilla del camino. ¡ Ay ! qué espectáculo tan triste y lamentable ! El hombre, constituido por Dios rey de la creación, está derrocado por debajo de los más viles animales, que al fin y al cabo no comen ni beben sino en la medida necesaria para su propio sustento. El cristiano, que fué regenerado por la sangre de Jesucristo, que recibió más de una vez en alimento su cuerpo sacrosanto; el cristiano, hijo adoptivo de Dios y colceado por El casi al nivel de los ángeles, se ha rebajado á sí mismo, hasta asemejarse al mono, al tigre ó al cerdo. Por cuanto despreció la ley divina, se negó á mortificar su apetito y se lanzó tras el acre deleite del alcohol, allí está, por justo castigo, tendido en el polvo, perdido el inestimable tesoro de la gracia, perdidas la razón y la voluntad, convulso el cuerpo por desahogarse del bárbaro exceso, fluyendo de sus labios inmundada baba; allí está abatido, degradado, pecador impenitente, esclavo del demonio y pronto para servir de pasto al infierno.

¡ Con cuánta razón y autoridad el gran Apóstol de los gentiles, San Pablo, denunciaba la embriaguez entre las mayores iniquidades que excluyen del cielo ! “ No os engaños, decía: ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los impuros, ni los ladrones, *ni los borrachos* poseerán el reino de Dios.” Y como estos vicios eran familiares para aquel mundo pagano, de en medio del cual iba desprendiéndose el cristianismo, como el puro vapor sale del fango bajo la acción del sol, añadía el Apóstol: “ Tales habíais sido antes: pero ya fuísteis lavados, santificados y justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios.” (1) Por esto exhortaba también á los romanos recién convertidos á que trocasen las costumbres paganas en otras sinceramente cristianas, desechando las obras de las tinieblas y revistiéndose de luz, ó mejor dicho, del mismo Jesucristo, según la

---

(1) I Cor. VI, 9-11.

sublime expresión del Apóstol. "Andemos, les escribía, con toda decencia, como que es de día, no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades, envidias y contiendas." [1]

Ya veis claro de consiguiente, muy amados hijos, que la embriaguez consumada, es decir, la que hace perder la razón y ofusca el sentido moral del hombre, es, á no dudarlo, pecado grave y mortal. Pero aun antes de caer en tan miserable estado, desde que la bebida alcohólica perturba los sentidos y facultades del bebedor, ya éste ofende á Dios y mancha su alma. ¿Qué buen cristiano se ha de exponer, pues, á sabiendas á un acto pecaminoso, aunque se estime leve, sobre todo cuando sabe que le ha de conducir casi fatalmente al pecado mortal? Porque enseña la triste experiencia de cada día que quien empieza á beber, como se dice, sigue bebiendo y acaba por emborracharse. No queremos de ninguna manera exagerar, ni pretendemos, que en beber un poquito de licor haya siempre culpa; mucho menos que el uso moderado de las bebidas fermentadas, como el vino, la cerveza ó la chicha, sea malo de suyo. Antes bien alguna vez puede ser útil y conveniente lo último para ciertos temperamentos, y por eso el mismo San Pablo aconsejaba á su discípulo Timóteo, débil de complexión, que tomase un poco de vino para activar la digestión: *modico vino utere propter stomachum tuum et frequentes tuas infirmitates.* (2) Mas lo mejor para la vida cristiana será siempre la abstinencia absoluta de todo licor fuerte, y la perfecta sobriedad en el uso del vino y demás bebidas fermentadas.

No hay que fiarse mucho, sin embargo, de nuestra voluntad y creer que, si adquirimos el hábito de la bebida alcohólica, aunque sea moderado, éste se ha de mantener dentro de los límites de lo lícito. El bebedor de vino, cerveza ó chicha, y aun más especialmente el bebedor de aguardiente ú otros licores fuertes, va poco á poco avezándose á la excitación alcohólica, que se le vuelve

(1) Rom. XIII 13.

(2) I. Tim., V, 23.

necesidad y demanda cada vez mayor cantidad del líquido excitante. (1) Al cabo de algún tiempo la costumbre se ha vuelto esclavitud, cuyas férreas cadenas sólo Dios podrá romper; la voluntad se siente incapaz de resistir, la embriaguez se ha hecho dueña del bebedor, no por asalto violento, sino por asedio lento y minándolo sordamente; pero el resultado final será el mismo, igualmente lamentable y destructor; esto es, el alcoholismo ese azote y plaga de los países en que se consume mucho alcohol.

## II.

¡ El *alcoholismo* ! ..... Unos lo consideran como gravísima enfermedad, y otros como detestable vicio: en realidad ambas cosas es juntamente. Procuremos formarnos concepto cabal de esta calamidad, para ver si podemos de algún modo impedir la ó siquiera disminuirla. ¿ Qué es el *alcoholismo* ? No es otra cosa que el hábito de beber licores alcohólicos [ aunque sea en corta dosis, y sin embriagarse desde luego ], pero de tal modo arraigado, que produce la necesidad casi invencible de volver á beberlos, y saturando de alcohol el organismo, lo debilita, inficiona y predispone rápidamente para la muerte. A veces llámase también *alcoholismo* este deplorable estado del ebrio consuetudinario.

Nada más triste y aterrador, que el estudio cada día más completo de las consecuencias del alcoholismo las

---

(1). " El uso frecuente de bebidas alcohólicas ó muy alcoholizadas produce de continuo, al cabo de algún tiempo, una necesidad fatal é irresistible, que impele hacia el abuso de tales bebidas, incitando á tomarlas con exceso y á ir aumentando gradualmente el exceso mismo. Esta necesidad maldita, contra cuya satisfacción acaba la voluntad por ser impotente ( tan enérgica es la acción deletérea que el alcohol ejerce sobre el cerebro ); este impulso contra el cual la razón carece ya de poder en un momento dado, pertenece á aquella especie de locura que se ha denominado *lesión de la voluntad*. Tratándose de las bebidas esta necesidad invencible ha recibido el nombre de *d ps mania*." — Dor. P. Despinc, *El demonio alcohol*. — ( Traducción del Doctor Don Luis Cordero.)

cuales patentizan los funestos estragos de la embriaguez habitual. En este punto las ciencias médicas y sociales han venido á ratificar y corroborar lo que desde hace muchos siglos ha enseñado la verdad católica, iluminada por la revelación divina.

Dijimos que la intemperancia es la ruina del individuo, de la familia y de la sociedad. ¿Cuál es sino ella la causa principal de muchísimas enfermedades y muertes prematuras? Por esto la sabiduría antigua solía repetir que la gula ha matado más gente que la espada; y hoy en día el alcoholismo hace caer mas víctimas que el cólera y la peste. Ved cómo al cabo de pocos años convierte al joven robusto en valetudinario: debilitado, achacoso, viejo antes de tiempo, el ebrio consuetudinario ha perdido para siempre la salud, acertando sin remedio su propia vida. Repetiremos lo que dice un médico europeo, sobre los efectos del alcoholismo, resumiendo las enseñanzas de la medicina en estos términos. "El primer órgano afectado es el estómago. Vuélvese laboriosa la digestión y piérdese el apetito: la gastralgia alterna con la gastritis. Luego el hígado y los riñones invadidos por la grasa se enferman. Todos los órganos se debilitan y se gastan: el menor accidente acaba con una vida agotada antes de tiempo.— Como el alcohol es veneno violento que ataca los tejidos más delicados, no es de admirar que determine perturbaciones nerviosas tan multiples como características. El borracho pierde rápidamente el sueño y las fuerzas. Su mirada tiene cierta fijeza extraña y estúpida. La mano le tiembla ó sufre calambres y hormigueos. Altérase la sensibilidad y embótase la inteligencia. Luego se siguen pesadillas, halucinaciones que cercan y agitan al desgraciado alcohólico, cuando la parálisis, la congestión cerebral ó el *delirium tremens* no acaban con él." (1) Además, está ya reconocido el alcoholismo como una de las causas de la tuberculosis; y lo que es peor aún, de la locura. Otro

[1] Dr. J. Surbled: *La Moral en sus relaciones con la Medicina y la Higiene.*

facultativo, hablando de las consecuencias desastrosas del alcoholismo, agrega: "En fin, él complica y agrava todas las enfermedades agudas: una fiebre tifoidea, una pulmonía, una erisipela, que serían benignas en cualquier hombre sobrio, matan en pocos días al bebedor alcohólico." (1) Tanta es la verdad de la sentencia inspirada del Sabio, que "amargura del alma es el vino bebido con exceso" y que "la perdición de muchos del vino viene" [2]; cuánto más en breve de los licores alcohólicos!

Lo peor de todo es que el alcoholismo inficiona las fuentes mismas de la vida y no sólo se transmite como propensión innata á los descendientes del borracho, quienes muy á menudo por el mal ejemplo y la herencia comienzan pronto á emborracharse, sino que desde el vientre materno los hiere con lesiones orgánicas é inocular gérmenes de enfermedades incurables, cuales son la epilepsia, la tisis, la perlesía ó el idiotismo. Cuadro desgarrador presenta la familia del beodo: niños infelices, pálidos y demacrados, escrofulosos y raquíticos, en cuyo semblante marchito se pintan las huellas del terrible mal, niños condenados, digamos así, á muerte prematura, ya que la estadística enseña que de los hijos de padres alcohólicos muere el cincuenta y cinco por ciento en temprana edad.

Este vicio arruina, á más de la salud, la fortuna y el honor del que ha caído en sus redes: lo estamos viendo todos los días. Para los artesanos y jornaleros, así de la ciudad como del campo, embriaguez y miseria vienen casi á identificarse: no hay ahorro posible para el que bebe la mayor parte de su salario, aunque perezcan de hambre él mismo y su familia; y sin el ahorro ¿podrá esperarse que salgan de su mísera condición y adelanten algo nuestros proletarios? Luego el borracho al cabo de poco tiempo se vuelve incapaz de trabajar, y su pésima costumbre le despoja de todas las cualidades que distinguen al buen obrero, como son la honradez, la puntualidad y la ha-

---

[1] Dr. J. Bertillón: *El alcoholismo y los medios de combatirlo*  
[2] Eccli. XXXI, 39, 30.

bilidad técnica. Cualquiera se despecha de tratar con el jornalero ó artesano, que jamás cumple del todo su obligación ó compromiso; y al fin todos le abandonan á su negra suerte, consecuencia fatal de su hábito vergonzoso. En el comercio, en la industria y aun en el orden administrativo, sucede lo propio: no es posible contar con el ebrio consuetudinario, y por más buena voluntad que se le tenga, hay que prescindir de él. Por toda la escala social, de arriba abajo, los efectos del alcoholismo son idénticos: la miseria y la deshonra son la pena que el mismo culpable atrae sobre sí, tanto mayor cuanto menos la comprende, porque entonces se hace perpetua, como sucede en las ínfimas clases de nuestro pueblo. Estamos persuadidos de que dos son los factores principales del abatimiento de nuestra raza indígena: la ignorancia y la embriaguez; á combatir las y hacerlas desaparecer deben pues aunarse y tender nuestros esfuerzos, por motivos de humanidad, patriotismo y religión. Mas no se crea que esta ruina ocasionada por el licor sea peculiar de la gente pobre, puesto que á todos nos consta la bancarrota en que precipita á muchos individuos antes ricos ó por lo menos acomodados, el hábito de embriagarse, el cual trae consigo el derroche, el fraude y la quiebra. Larga es la lista de personas que han perdido su patrimonio, menoscabado su elevada posición social y deshonrado para siempre un apellido antes glorioso ó inmaculado, sólo por este maldito vicio. Hace ya muchos siglos que en los libros inspirados se leen las sentencias de la Sabiduría Divina á este respecto: " Quien gusta de los banquetes parará en mendigo, ni será jamás rico el aficionado al vino. El operario dado al vino no se enriquecerá" (1)

No paran aquí los espantosos efectos del licor, por cuanto las facultades más altas y nobles del hombre rápidamente se desmedran y destruyen en el viciado por el alcohol: pierde poco á poco la memoria, se le oscurece



J. Prov. XXI, 17; Eclii, XIX, 1.



la inteligencia, y ya hemos dicho que se le afloja y debilita la voluntad, incapaz al cabo de breve tiempo de reaccionarse y sacudir el yugo infame del vicio. Herida en su raíz la libertad, dada al hombre para obrar el bien, resistiendo á las inclinaciones y pasiones aviesas de su naturaleza corrompida, déjase arrastrar por todas ellas y para saciarlas cae á menudo en los más criminales excesos. La lujuria desenfrenada es de ordinario compañera impura del alcoholismo: la insolencia, la ira y la crueldad le forman cortejo. Con razón dice agudamente San Agustín de la embriaguez, que quien la posee, ya no se posee á sí mismo, y quien la comete, no comete un pecado, sino que todo él es pecado: *Ebrietas...quam qui habet, se ipsum non habet, quam qui facit, peccatum non facit, sed ipse totus est peccatum.*

¿Qué se ha hecho de la dignidad del cristiano en el beodo? No hablemos de ella: está conculcada y aniquilada irremediablemente; pues con razón se reputa especie de milagro moral la conversión definitiva y perfecta del alcohólico. Mientras le queda un resto de fe cristiana y de amor de Dios, procura algunas veces levantarse; pero la cadena que arrastra es tan pesada y dura, su impotencia es tal, que vuelve á caer otras tantas veces y al fin no se levanta más. Abandona las prácticas religiosas, y su espíritu entenebrecido no alcanza ya á percibir los destellos luminosos de la fe; los días consagrados al Señor, los domingos y fiestas, son los que de preferencia profana con los excesos de la bebida; pierde el respeto á cuanto hay respetable en el mundo, á sus padres y parientes, á su esposa ó hijos, á las personas y cosas sagradas. Por satisfacer su pasión, el dipsómano es capaz de robar y matar, perjurar y blasfemar, vender su alma y condenarse para siempre. La influencia del alcohol en la criminalidad es evidente y está reconocida por todos los médicos y legistas, de tal suerte que no sólo llena los hospitales, sino también las cárceles, y lleva hasta el cadalso. Las estadísticas administrativas más recientes y exactas nos demuestran que el 14 por

ciento de todos los criminales se compone de borrachos notorios, y entre los reos de muerte la proporción sube al 60 por ciento. Y de los demás, ¡cuán pocos escapan á la muerte repentina ó desastrosa!

¡ Oh ! si comprendieran las desgraciadas víctimas de este abominable vicio que él las envilece y arruina, arrebatándoles su felicidad temporal y eterna ! Si oyeran el clamor divino que, por boca de los profetas y los apóstoles, desde hace muchos siglos les está mostrando esa pavorosa sima para que no caigan en ella ! “ ¡ Ay de vosotros ! exclamaba ya el profeta Isaías, los que os levantáis de mañana para emborracharos, y á beber hasta la noche ! ” (1) “ ¡ Despertaos, oh ebrios, y llorad: . . . cercano está el día del Señor ! ” tronaba Joel, profeta del juicio universal. (2) “ No os embriaguéis,” recalca el gran Apóstol; “ manifestas os son las obras de la carne. . . deshonestidades, embriagueces y glotonerías . . . sobre las cuales os prevengo que los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios.” (3) Aun con mayor autoridad, con autoridad soberana y divina, Nuestro Señor Jesucristo recordaba á sus contemporáneos, que en los remotos tiempos de Noé y de Lot, los hombres “ comían y bebían,” sin acordarse de más; y que “ vino el diluvio, y todos perecieron,” “ cayó el fuego del cielo, y á todos devoró.” (4) Por fin, después de pronunciar los últimos y terribles días del universo, el primer consejo del Salvador á sus oyentes fué éste, que no debemos olvidar nunca los cristianos: “ Mirad, pues, por vosotros mismos; no sea que se ofusquen vuestros corazones en la glotonería y embriaguez, y las vanidades de esta vida. . . Velad, orando en todo tiempo.” *Attendite autem vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula et ebrietate, et curis hujus vitæ. . . Vigilate itaque, omni tempore orantes.* (5)

---

(1) Isai. V, 11.

(2) Joel, I, 5, 15.

(3) Gal. V, 19, 21.

[4] Luc. XVII, 26-29.

[5] Luc. XXI 34, 36.

Después de todo lo dicho, poco ó nada tendríamos que agregar para persuadirnos que el alcoholismo arruina á las familias, y causa la decadencia y desaparición de las naciones.

No conocemos espectáculo más triste y lamentable que el de la familia del borracho, cuyo hogar es la viva imagen del desorden, la miseria, el tormento y la muerte. Ya hemos explicado cómo la salud y la riqueza huyen para siempre de la fatídica vivienda impregnada de tufos alcohólicos, donde falta el pan, el vestido y la luz. Allí reina la discordia, y se rompen los lazos de la caridad doméstica, hasta el punto de que á menudo hay que acudir á un menor mal, que es la separación, ó divorcio. Allí de ordinario se encuentra una víctima, la mujer del borracho, á quien se puede calificar de ser infeliz entre los más infelices del mundo, condenada á trabajar para que otro destruya, á esquivar ó sufrir sin alivio los golpes de un verdugo, que se cree con derecho para martirizarla. ¡ Ah ! la esposa del borracho ! . . . hemos tenido alguna vez ocasión de contemplar de cerca su desventura, y la juzgamos peor que la enfermedad, la pobreza y la miseria. ¿ Y los hijos ? ¡ pobrecitos ! víctimas ellos también de las iras de ese padre desnaturalizado, cuando no lo son de sus escándalos, sirviéndole en persona para cebar su vicio y consumiendo las sobras de sus libaciones ! ¿ Y las hijas ? ¿ podrán estas desdichadas criaturas conservar su inocencia en la casa de unos padres entregados al alcoholismo ? Porque, dicho sea de paso, por increíble que parezca, no sólo el varón sino también la mujer cae en este alarmante vicio, y se puede ver con la repugnancia y horror que inspiran los monstruos, á madres alcoholizando á los hijos de sus entrañas al mismo tiempo de amamantarlos, y dando entrada en el secreto del hogar doméstico á otros borrachos como ellas.

Estos son, en verdad, los extremos del mal; pero aun sin llegar á la infección alcohólica, ¿ habrá cosa más peligrosa y temible para una matrona ó joven cristiana que exponerse siquiera de lejos á la embriaguez ? No debe igu-

rar que ésta es la puerta de la corrupción; y, según escribía San Jerónimo á su hija espiritual Eustoquio: "El vino y la adolescencia son dos llamas del deleite; cuidado con echar aceite en el fuego." (1) Y nosotros añadiremos, carísimas hijas nuestras de la Diócesis de Cuenca, ora pertenezcáis á las familias más distinguidas ó á las más humildes, que si queréis conservar intacto el tesoro de la virginidad cristiana, tengáis presente que no le ha de faltar jamás la salvaguardia de la sobriedad perfecta y de la oración; que el licor y el pudor no pueden mezclarse nunca; y que os haríais indignas de María Santísima vuestra Madre, la Reina de las vírgenes, el día que sacrificaseis en aras de ese demonio que es el alcohol. ¡Oh padres y madres de familias, os encarecemos por lo más sagrado de vuestros deberes, no permitáis jamás, que en vuestras casas el ágape sencillo y alegre del amor doméstico, la reunión agradable y amable del hogar cristiano, se convierta en orgía; que, so pretexto de honesta diversión, prenda y estalle el incendio de la embriaguez! Vuestros hijos allí aprenderían á devorar vuestra sustancia, como otros tantos pródigos; vuestras hijas, que son justamente vuestro encanto, allí quemarían las alas de ángeles con que Dios las adornara.

El mal de los individuos y de las familias por fuerza ha de hacerse trascendental al pueblo, que de ellos consta; y con muchísima razón, considérase el *alcoholismo* como un peligro, como un mal social. La estadística en la mano, fácil nos sería probar que este vicio es agente disociador y destructor de las naciones, cuya decadencia en gran parte por él comienza, se acelera ó remata. Si acaso dudáis de ello, formad el balance de los delitos cometidos bajo la acción de la bebida; calculad la suma de trabajo y de tiempo consumidos en las tabernas, el derroche del dinero y la imposibilidad del ahorro; contad el número de bellas inteligencias desperdiciadas, de artesanos honrados y hábiles convertidos en menestrales torpes y tramposos; recordad las más ricas fortunas

[1] *Vinum et adolescentia duplex est incendium voluptatis; quid oleum flammæ adjicimus?*— Hieron., ad Eustoch. de virginit.

deshechas, los más aristocráticos blasones arrastrados por el lodo, las más hermosas profesiones prostituidas. Desgraciado el país que ve acrecentarse año por año el consumo del aguardiente y multiplicarse el número de las tabernas. Tribus enteras de salvajes se envenenan y aniquilan por efecto del alcohol; y mientras no se libren de su deletérea influencia las razas inferiores, no hay esperanza para ellas de regeneración y engrandecimiento. ¿Será creíble que en pueblos donde faltan capilla y escuela, haya tres ó más estancos de aguardiente? El hecho por desgracia no es raro; así como en algunos lugares el comercio de licores se reputa, aunque malamente, el más lucrativo de todos. ¿Qué pensar de una sociedad en que no hay fiestas, ni las religiosas, que no terminen en borracheras? ¿Será posible que los matrimonios y nacimientos, y hasta los duelos, se celebren bebiendo y embriagándose? No, hijos carísimos: esto no será nunca bueno, ni propio de país civilizado y cristiano. El pueblo que se abandona al alcoholismo es incapaz de promover su agricultura y su industria; no puede instruirse, enriquecerse, perfeccionarse y manejar las armas: está maduro para el despotismo, es pueblo de conquista, presa destinada á caer en manos de otros más fuertes y varoniles. ¡Dios proteja al Ecuador y lo libre de tan desastrada suerte! . . . .

### III.

No cumpliríamos con todo nuestro deber, muy amados hijos en Jesucristo, si después de haberos manifestado los funestos efectos de la embriaguez y el alcoholismo, no os indicáramos los medios más adecuados y oportunos para combatirlos. Este mal sin embargo es tan enorme, por su extensión é intensidad, tan arraigado y complejo, tan contrario á los intereses de la Religión y la Patria, que es preciso adunar todos los esfuerzos y voluntades para ponerle dique, impedir su propagación y ver cómo salvar á una parte siquiera de sus víctimas. El Estado, que debe mirar por la prosperidad y el porvenir de la República, es talvez el único capaz de decretar ciertas providencias generales y pú-

blicas, encaminadas á coartar el contagio alcohólico, cien veces peor, lo repetimos, que el de la misma peste. ¿Quién sino la Autoridad civil, por ejemplo, podría impedir eficazmente la escandalosa multiplicación de las tabernas y *estancillos*? ¿No sería dable proporcionar su número al de los habitantes, con equitativo y recto criterio? prohibir severamente que se venda licor á los menores de edad, y que se siga sirviéndolo aun á los mayores, desde el momento que ya se nota su ebriedad, como se practica en casi todos los países civilizados? someter las tabernas y cantinas á la vigilancia estricta de la Policía, y cerrarlas, durante una parte á lo menos del día festivo, como se manda en Inglaterra? Países como la Suecia y la Noruega, los más infestados en Europa por la plaga del alcoholismo, han logrado en el último medio siglo reducir el consumo del aguardiente á la tercera parte de lo que antes era, gracias á las enérgicas medidas de un gobierno patriota y moralizador. El de Bélgica, en los últimos veinticinco años, ha podido minorar todas las contribuciones sobre las materias alimenticias y de primera necesidad, recargando solamente los alcoholes, y obteniendo de contado, á par de la disminución del alcoholismo, la más envidiable prosperidad nacional. ¿Quién nos diera á nosotros iguales reglamentos y resultados! Mas no insistiremos por ahora en este punto, cuya consecución está fuera de nuestros alcances, contentándonos con apelar á la sabiduría y patriotismo de nuestros legisladores y gobernantes, desde la Autoridad central de la República hasta las subalternas y locales de cantones y parroquias.

Mientras el Estado no cumpla con su obligación íntegra en esta materia, preciso es uniformar á este respecto la opinión pública, y emprender una campaña bien organizada, continua y perseverante contra el alcoholismo, por medio de la prensa y de las conferencias populares, de palabra y por escrito, cada cual en su propia esfera de acción. La opinión pública manifestada de esta manera prepara las únicas leyes buenas, oportunas

y eficaces. Es preciso asociarse para multiplicar nuestras fuerzas; y aunque por desgracia estamos aun lejos de poseer aquel espíritu de asociación, que obra prodigios en otras partes, no desesperemos de que dentro de más ó menos breve plazo se constituya en el Ecuador,—ojalá fuese en Cuenca,—una *Liga antialcohólica*, la que estudiará á fondo la cuestión, excogitará los medios, sobre todo ¡sociales, más aptos para refrenar el maldito vicio de la embriaguez, difundiendo el conocimiento é inspirando el horror del alcoholismo, mediante folletos y hojas volantes populares. He allí el campo vastísimo que se ofrece á la inteligencia, actividad, hombría de bien y patriotismo de los ciudadanos más influyentes, sin distinción de partidos políticos.

Lo primero que hemos de procurar, es dar á conocer este mal á los niños en el seno de la familia y en la escuela, para que lo teman, lo aborrezcan y se precavan de él. Con mucha razón se ha dicho que la educación forma en nosotros una segunda naturaleza; pues bien, se necesitaría que ella infundiese en los niños, con la persuasión ilustrada y la entereza de carácter, la sobriedad propia, no diremos sólo del cristiano, del hombre de bien y de honor, la repugnancia y el horror del aguardiente y demás licores espirituosos. Antes de la adolescencia, el párvulo debiera ignorar prácticamente lo que es el alcohol; y desde la pubertad, no conocerlo sino para temerlo. Para lograr este noble y santo fin, claro está que los padres deben dar el ejemplo de una temperancia, y alejar de sus hijos toda ocasión del vicio contrario. No basta tampoco que los vigilen: es necesario que los convenzan íntimamente de la verdad moral y les infundan el amor al deber, de manera que por sí mismos aprendan á conducirse, en presencia de Dios y su propia conciencia, á vencerse y abstenerse, á mortificarse y sufrir, para ser de veras hombres, según la máxima profunda de la Filosofía antigua: *abstine et sustine*; y de veras cristianos, según la norma aun más pura y sublime de la abnegación, proclamada por Jesucristo, cuando decía: "Si



alguno quiere venir en pos de mí, niéguese sí mismo.”  
*Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.* El gran defecto de la educación familiar en nuestros días es la falta de respeto y de fortaleza: si al niño no se le enseña á acatar como oráculo la voz de sus padres, si se le consienten todos sus caprichos, y se confunde el cariño con el mimo, llega la edad de las pasiones, y éstas ceden como la llama al viento de todas las concupiscencias. Por otra parte, en las escuelas, que son bajo cierto aspecto la sucursal de la familia, el niño y la niña no debieran ver sino buenos ejemplos, por lo cual las autoridades encargadas de nombrar á los maestros y maestras, se han de esmerar en que éstos observen siempre conducta seria y recatada: así lo hacen ciertamente, y merecen encomio por ello; mas puede ser que, por engaño ó sorpresa, se introduzca en algún pueblo el institutor ebrio é inmoral, que es uno de los peores elementos de corrupción; y entonces aquellas autoridades, si no lo remediasen, se harían cómplices de tamaño mal.

Siendo el hombre sociable por naturaleza, esta indole suya vuelve á encontrarse en muchos de sus hábitos viciosos, y entre ellos en la embriaguez. Véase, si no, cómo las reuniones de toda clase vienen á ser ocasiones de emborracharse, sobre todo para la gente del pueblo; y cómo la taberna, de alta ó baja escala, lo mismo da, se convierte en lugar de cita, de charla, de juego y diversión: de ahí el atractivo que ejerce particularmente sobre la juventud. Para contrarrestarlo, es preciso, ante todo, que la vida de familia sea lo que debe ser, agradable para todos sus miembros; que el padre, al volver del trabajo, y del tráfigo del día, encuentre allí el orden, la tranquilidad, el soluz que su ánimo y su cuerpo requieren; que los hijos, de igual modo, hallen esparcimiento y gozo muy lícitos en el hogar doméstico, junto á sus padres. ¿Qué necesidad tendrían de ir á buscar afuera lo que dentro de casa se les ofreciese mejor, más sano y

---

[1] Moth. XVI, 24.

puro, más lleno de cordialidad y ternura? La mesa y la tertulia de familia, siendo lo que deben ser, fomentan los afectos filial y fraternal, en una palabra, el espíritu de familia, poderoso preservativo contra los peligros, y antidoto contra los venenos del mundo. A vosotros especialmente apelamos para esto, oh madres cristianas, que habéis de ser señoras del hogar, tanto del pobre como del rico; convertíos en hadas bienhechoras, diremos mejor, en ángeles custodios de vuestros maridos é hijos, atrayéndolos y deteniéndolos de un modo tan suave como irresistible en la casa ó en la chocita propia, donde brille el aseo y la relativa comodidad, sin hacerles falta la riqueza, donde reinen junto con el santo temor y amor de Dios la paz, el sosiego y la alegría. Con vosotras que se junten y conspiren vuestras hijas para salvar á sus padres y hermanos: que haya lecturas, música y cantos de familia, así como debe haber la oración en común; y veréis entonces descender abundante la bendición divina sobre vuestra casa, como el rocío del cielo sobre el campo florido; y se realizará á la letra la promesa del Espíritu Santo: "Bienaventurados todos aquellos que temen al Señor y andan por sus caminos. Dichoso serás tú, oh justo, y todo te irá bien." (1)

En apoyo y subsidio de la familia vienen las diferentes asociaciones de piedad, de estudio ó trabajo material, de socorros mutuos y aun de recreo. ¡Cuánto no podrán hacer estas sociedades, si combinan sus esfuerzos para combatir y expeler de entre nosotros el alcoholismo! A aconsejámosles que introduzcan en sus constituciones y reglas, la de exigir á todos los socios la promesa formal y solemne de no excederse nunca en el uso de las bebidas alcoholizadas; y, en cuanto sea posible, los más nobles y generosos prometan abstenerse por completo del aguardiente y demás licores fuertes, con entereza de carácter, sin respeto humano. Así, poco á poco, irían todas estas asociaciones católicas y patrióticas preparando el campo para

---

[1] Ps. CXXVII.

una Liga ó *Sociedad de Temperancia*, que admite varios grados, tal cual se practica por millares de personas honradas y de carácter en todos los países de lengua inglesa. Hágase la guerra sobre todo al aguardiente, cuyo efecto intoxicante es incomparablemente peor que el de las simples bebidas fermentadas, tales como el vino y la cerveza. Por esto, si algo ha de tomarse como refrescante ó excitante, tómense éstas con moderación; mas, por Dios, húyase en lo posible de esotro veneno. Decimos "en lo posible" porque bien comprendemos, que la abstinencia total es por ahora muy difícil esperarla de nuestros brazos de la ciudad y del campo. Mas ¿no lo sería menos tratándose de personas distinguidas, honorables, que se precian de cristianas? No lo decimos nosotros solamente: en Europa lo proclaman los pensadores más sesudos y previsivos. Acaba por ejemplo de pronunciar un discurso magnífico contra el alcoholismo el eminente Cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, uno de los más ilustres filósofos contemporáneos. Dirigiéndose á su numeroso auditorio, en una sala de conferencias de Lieja: "Concluyo, dijoles, que en la hora presente todo hombre moral debería resolverse desde luego á no tomar más licores fuertes y á no ofrecerlos á nadie." "Pregúntome, añadió el sabio y virtuoso Prelado, cómo se encuentran todavía tantos hombres que permanecen indiferentes á la lucha antialcohólica." [1]

Así es en verdad; y nosotros también nos preguntamos, si no quedaremos solos con unos pocos en esta cruzada que emprendemos contra el alcoholismo. Desmayaríamos, si nouviésemos en auxilio nuestro la gracia divina y todos los medios que la Religión pone al alcance del hombre que de veras quiere convertirse, por vicioso que sea. Entre los remedios que se han excogitado y empleado en la lucha antialcohólica, todos por supuesto más ó menos útiles, ninguno puede igualar al espíritu cristiano y á la práctica de la

(1) Discurso del Cardenal Mercier contra el alcoholismo, en el círculo del *Bien-Etre social* de Lieja (Bélgica), el 20 de diciembre de 1908.



vida cristiana, para precaver y corregir de la intemperancia. La doctrina de Jesucristo en efecto nos enseña la verdad moral respecto del uso legítimo del alimento y la bebida, necesarios para sostener esta nuestra existencia terrena; ella nos muestra que Dios mismo ha dispuesto que cierto placer sensible se siga á la satisfacción del hambre y de la sed: pero que este placer no puede nunca ser un fin para nosotros, y por el contrario debemos refrenarlo por la mortificación, para que no sobrepuje á la razón y á la conciencia, por cuanto "no sólo de pan vive el hombre", palabra divina con que Jesús rebatió para siempre la tentación diabólica de la gula. No sólo nos enseña la Religión esta verdad moral, sino que nos infunde valor y fortaleza para practicarla, robusteciendo nuestra voluntad con la gracia de la oración humilde y de los sacramentos dignamente recibidos. Si la experiencia comprueba que la disminución del espíritu cristiano en la familia y la sociedad, es la causa principal de que se inficionen con esa peste del alcoholismo, claro está que el remedio se ha de encontrar en la restauración de aquel mismo espíritu. Se unos verdaderamente cristianos y católicos, y seremos temperantes, sobrios y honestos: levantemos nuestras almas por encima de los apetitos materiales y gustemos de los bienes celestiales y divinos. Ahora que estamos en el santo tiempo de la Cuaresma, ¿no podríamos siquiera, por espíritu de penitencia, abstenernos de todo licor alcohólico, supliendo así por el ayuno eclesiástico cuya obligación se nos ha reducido tanto? ¿Qué mucho pedir es esto? Sin embargo ¿cuá to mérito habría en esta sola abstinencia!

Para preservar á nuestro pueb'o del pecado de la embriaguez y del detestable alcoholismo, lo más esencial es instruirlo continuamente, de un modo claro y eficaz, sobre este punto de la moral cristiana: instrucción que debe comenzar en la explicación de' Catecismo á los niños y continuarse de manera adecuada, constante y oportuna, en las pláticas dominicales, en los ejercicios y las misiones. Mucho pueden hacer los predicadores, ora denunciando enérgicamente á este enemigo de nuestras almas, ora manifes-

tando la utilidad, la bondad y la belleza de la mortificación y de la templanza cristianas. Y por lo que hace á la curación de las desgraciadas víctimas del alcohol, no hay mejor medico que el confesor docto, caritativo y discreto, que sabrá emplear juntamente los diversos medios que le sugieran su ciencia y celo sacerdotal, exigiendo poco á poco del pecador penitente, por espíritu de sacrificio, la abstención de todo licor y la fuga de las ocasiones de embriagarse, desarraigando la mala costumbre alcohólica y sustituyéndola con la virtud de la sobriedad perfecta. No se desalienten, pues se trata de salvar estas almas redimidas por la sangre de Jesucristo, la cual es siempre eficaz, sobre todo en la santa comunión, para lavar al pecador y regenerarlo,

A la postre, tenemos que apelar ante todo á vuestra cooperación, carísimos y beneméritos Sacerdotes: de vosotros depende en gran parte que se limpie ó se preserve nuestra Diócesis de este vaho impuro del alcoholismo. Vosotros particularmente, venerables señores Párrocos, tenéis que trabajar sin descanso en extirpar este vicio de vuestras parroquias, si acaso ya se ha introducido en ellas. No os canséis de inculcar las máximas del Evangelio á este respecto, en el catequismo de los niños, en la doctrina de los indios, en las instrucciones á todo el pueblo. Os aconsejamos y mandamos que no permitáis en adelante, que se celebre ninguna fiesta religiosa, si acaso ésta hubiese de ser ocasión para borracheras; es preciso que de antemano toméis las medidas necesarias para evitarlas, y si por desgracia no se os obedece, entonces negaos á celebrar la fiesta pedida: es lo exige vuestro deber de curas y el mismo honor de la santa Iglesia Católica. (1) En los re-

(1) Véase el Concilio Plenarío de la América Latina, art. 417 y 754.— En el Concilio Provincial Quitense IV *Medios para procurar la extirpación de los vicios y pecados*, se lee: "Y como las fiestas religiosas son con frecuencia ocasión de embriagueces, desplegarán los párrocos todo su celo para que los fieles, en la celebración de aquellas se animen del espíritu que tuvo la Iglesia al instituir las. Y se eviten asimismo las diversiones profanas; y si para evitar estos males juzgaren conveniente omitir en las fiestas la celebración de las

glamentos de las congregaciones piadosas deberá incluirse un artículo, que excluya de ellas á toda persona intemperante, y sus miembros deberán por sí mismos dar ejemplo de la más exquisita templanza y conservarla en sus familias y servidumbre.

Mas, por cuanto la exhortación se desvirtúa y desvanece como humo cuando no se afirma con el ejemplo, á vosotros más que á nadie, amadisimos Sacerdotes, incumbe el deber estricto de la sobriedad sacerdotal, conforme al mandato del Príncipe de los Apóstoles: *Sobrii estote et vigilate*; sed sobrios y vigilantes. Absteneos de los licores fuertes, ya por espíritu de mortificación, ya por caridad fraternal, á fin de no dar margen al menor escándalo y quedar desarmados ante vuestros propios feligreses. Nada de compromisos ni condescendencias en esto; y sepan todos desde luego que en el convento del párroco, en la casa del sacerdote, no se brinda ni se admite aguardiente. Eviten asimismo, hasta por dignidad, las reuniones en que se come y se bebe con exceso. La hospitalidad y la amistades pueden inducir á ofrecer generalmente café ó té, ó alguna bebida refrescante, rara vez un poco de vino ó de cerveza, pero licores alcohólicos nunca. Os lo rogamos en nombre de Cristo Nuestro Señor, haciendo nuestra la exhortación de ' concilio tercero de Baltimora á los sacerdotes norteamericanos: "Cum verba moveant tantum, exempla vero trahant, sacerdotes ipsimet, qui, monente Apostolo, debent esse forma gregis ex animo, *sint temperantiae virtutis exempla*." De igual manera hemos amonestado nuestro ' concilio Quitense ' cuarto, en estos términos: "Concilium hoc sacerdotibus præcipit, *ut temperantiam exemplum fidelibus præbeant*, et cum Apostolo admonet, ne amicitiam ebrietati deditorum colant."

solemnidades externas, las omitirán en buena hora, empleando antes la amenaza de suprimir dichas solemnidades; pues la experiencia ha comprobado que en algunos casos esta sola medida basta para impedir los desórdenes."—Recomendamos á nuestros sacerdotes que lean atentamente la segunda Instrucción dirigida por el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Quito al Clero de la Arquidiócesis, y se conformen con su espíritu.

Recordando sin embargo, que “ si el Señor no custodia la ciudad, en vano trabajan los que la cuidan ”. (1) suplicaremos encarecidamente á nuestro Dios que aleje de nosotros la plaga del alcoholismo. Los Padres del Concilio Provincial antes citado, hace ya veinticuatro años, dieron el grito de alarma contra la embriaguez, y ordenaron además que el primer día de las Cuatro Téporas del año, en todas las iglesias parroquia'es y conventuales, “ se rezaran las Letanias de los Santos con sus preces, á fin de que Dios misericordioso aleje de su pueblo consagrado al Corazón Sacratísimo de Jesús los detestables vicios de la embriaguez y la incontinencia.” (2) Hacemos presente é inculcamos esta obligación estricta á todos los venerables Señores Curas y Rectores de iglesias; y conformándonos con la mente del Concilio, mandamos también á los demás sacerdotes de nuestra Diócesis, así del Clero secular como del regular, que recen en privado dichas Letanias, en los cuatro días mencionados, por la enunciada intención. Asimismo ordenamos á todos, que al terminar el Oficio Divino imploren diariamente el auxilio de la Virgen Santísima con una Salve, para obtener la preservación de nuestra Diócesis, respecto de esos dos vicios abominables; y nuestro Venerable Capitulo Catedral rezará dicha Salve en público, como ordena el Concilio: “ In hunc quoque finem, expletis divinis officiis, unam Salve publice recitabunt.”

En sus oraciones particulares clamen á Dios Nuestro Señor de continuo con el mismo objeto nuestros sacerdotes, religiosos y religiosas; apliquen los fieles alguna vez el Rosario del sábado por la misma intención; y esperamos firmemente que sus clamores serán escuchados, y nos veremos libres tarde ó temprano de tamañas calamidades.

Quiera Dios, venerables Hermanos, y muy amados hijos nuestros, que esta Cuaresma sea el principio de una reforma general de las costumbres; y que la meditación de las verdades eternas, así como de la Pasión de Nuestro Señor

---

(1) Ps. CXXVI.

(2) Cfr. Coae. Prov. Quat. IV. *Melin ad vitia et peccata estirpanda.*

Jesucristo y los dolores de su Madre Santísima, nos haga tomar y cumplir firmes resoluciones, de vivir cristianamente en “espíritu de fortaleza, de caridad y de templanza”, como dice San Pablo [1]; cuyas siguientes palabras serán la áurea regla de nuestra conducta, en esta delicada materia: “En fin, ora comáis, ora bebáis, ó hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.—*Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite.* (2)

Si así lo practicáis, descenderán abundantes sobre vosotros las bendiciones divinas, temporales y eternas, en prenda de las cuales os bendecemos de corazón, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Esta nuestra carta pastoral se leerá por partes, en dos ó tres días festivos consecutivos, en todas las iglesias y oratorios públicos de nuestra Diócesis.

Dada en nuestro Seminario de Cuenca, á 28 de Febrero de 1869, primera Dominica de Cuaresma.

† MANUEL MARIA  
Obispo de Cuenca.

Por mandato de Su Sría Ilma. y Rvdma

DANIEL HERMIDA,

Secretario.

---

[1] II Tim. I, 7.

[2] I Cor. X, 31.